

Dirección General de Bellas Artes
Museos y Archivos de la Provincia

Santa Fe, 22 de enero de 1955

El Director

Querido Luis León:

Recibí tu última afectuosísima carta. Me decías en una anterior tuya que pensabas ir a pasear unos días a San Juan, a casa de unos amigos tuyos. Me parece muy bien, y creo que te lo tienes bien ganado. Con todos tus disgustos a raíz de muertes, enfermedades y desazones de toda índole, que yo sé cómo te trabajan el ánimo a ti, que eres tan sensible a lo que les pasa, bueno o malo, a quiénes quieres, me imagino cómo estarás. Agregado a ello el jaleo que has tenido este último tiempo con las tareas supletorias que te tocaron en tus funciones. Yo también espero ausentarme dentro de algún tiempo a Mendoza, donde ya te dije que están María Isabel y los chicos, excepto Horacio que aún está bajo banderas.

Realmente es horrendo lo que me cuentas pasa con Victorica y esa comandita de "secretarios" ruines y médicos desalmados que le rodea. Pobre hombre. El, que es tan lúcido, debe estar viendo cómo lo rodean los buitres al olor y a la expectativa de su próxima carroña. Ahora está pagando el desgraciado esa rara aprehensión y desconfianza suya, en su vida privada, hacia las personas de bien y que de veras le querían y se acercaban a él con el único propósito de estar con él en la zona superior, pura y radiante de su vida. A éstas en el fondo les desconfiaba. O cuando menos las analizaba en todos sus actos y palabras con diabólica malicia a veces. En cambio se entregaba sin reservas, de cuerpo y alma, a unos tipos que se veía a la legua que eran unos pistoleros. Nunca me expliqué esta contradictoria faceta de un hombre tan inteligente, tan artista y, por lo demás, tan señor como Victorica.

Me alegro que le acompañes y le asistas. El pobre te necesita como nunca. Ojalá se opere un milagro y le veamos de nuevo, redivivo y loco con su risa contagiosa y faunesca y su alma eternamente joven saltando y corriendo por todos los caminos de la vida. ¿Te acuerdas cuando íbamos a su casa o lo teníamos con nosotros en Santa Fe? ¿Te acuerdas como saltaba de un tema a otro; cómo se nos escabullía; cómo nos engañaba, como un chico, comprometiéndose para una cosa y haciendo otra; cómo teníamos la impresión de que se nos escapaba siempre y teníamos que correrle continuamente; y cómo cuando dejábamos, cansados, de correrle era él quién venía manso hacia nosotros...? Si lo sabrás tú que le has conocido y tratado con amor de hijo durante más de 20 años. Muchos saludos a Amparo. Para vos el fuerte abrazo de tu queridísimo camarada y amigo Horacio